VICTOR HUGO

El máximo representante
del siglo XIX francés

Arte y literatura

en 50 MINUTOS

Annotation

La vida de Victor Hugo, figura clave del siglo XIX en Francia y líder del movimiento de los románticos, no es fácil: la muerte de cuatro de sus cinco hijos, su exilio y las transformaciones políticas y sociales de la época lo convierten en un hombre capaz de entender los desafíos de su tiempo. Victor Hugo, encarnación del escritor absoluto, es poeta, dramaturgo y novelista, además de gran político y orador que se levanta en defensa de los más desfavorecidos. Su escritura, cargada de lirismo, que representa a la perfección los ideales del romanticismo, reflejados en obras maestras como «Los miserables», «Nuestra Señora de París» o «Hernani». Esta guía, estructurada y concisa, te invita a conocer en profundidad la vida y obra de Victor Hugo, desde el contexto en el que se desarrolla hasta su biografía, pasando por las principales características de sus escritos y, por supuesto, por el análisis de una selección de sus mejores obras, como «Los miserables», «Nuestra Señora de París» o «El último día de un condenado a muerte».

-
-
-
-
-
-
-
-
-
-
-

La vida de Victor Hugo, figura clave del siglo XIX en Francia y líder del movimiento de los románticos, no es fácil: la muerte de cuatro de sus cinco hijos, su exilio y las transformaciones políticas y sociales de la época lo convierten en un hombre capaz de entender los desafíos de su tiempo. Victor Hugo, encarnación del escritor absoluto, es poeta, dramaturgo y novelista, además de gran político y orador que se levanta en defensa de los más desfavorecidos. Su escritura, cargada

de lirismo, que representa a la perfección los ideales del romanticismo, reflejados en obras maestras como *Los miserables*, *Nuestra Señora de París* o *Hernani*.

Esta guía, estructurada y concisa, te invita a conocer en profundidad la vida y obra de Victor Hugo, desde el contexto en el que se desarrolla hasta su biografía, pasando por las principales características de sus escritos y, por supuesto, por el análisis de una selección de sus mejores obras, como *Los miserables*, *Nuestra Señora de París* o *El último día de un condenado a muerte*.

Elodie Schalenbourg
Victor Hugo
El máximo representante del siglo XIX francés
En 50 minutos

Historia - 0

ePub r1.0
Titivillus 16-03-2020

Elodie Schalenbourg, 2017
Traducción: Laura Bernal Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

VICTOR HUGO

¿Nacimiento? Nacido el 26 de febrero de 1802 en Besanzón (Francia).

¿Muerte? Fallecido el 22 de mayo de 1885 en París (Francia).

¿Contexto? El siglo XIX francés es especialmente turbulento en el plano sociopolítico, con la sucesión de varios regímenes políticos. En el ámbito artístico, el neoclasicismo cede su lugar al romanticismo, que a su vez evoluciona hacia el realismo a partir de mitad de siglo.

¿Obras principales?

El último día de un condenado a muerte (novela, 1829)

Hernani (teatro, 1830)

Nuestra Señora de París (novela, 1831)

Ruy Blas (teatro, 1838)

Las contemplaciones (poesía, 1856)

Los miserables (novela, 1862)

La leyenda de los siglos (poesía, 1859, 1877 y 1883)

Es difícil encontrar una mejor encarnación del escritor absoluto que la que representa Victor Hugo. Sucesivamente poeta, dramaturgo y novelista, pero también político y orador, parece haber conjugado varias vidas a la vez: la del poeta lírico replegado en su despacho y la del defensor del progreso social; la del buen padre de familia y la del amante apasionado; la del héroe de la patria y la del exiliado; y, finalmente, la del jefe de filas del romanticismo y la del autor al que es imposible reducir a un género o a una escuela.

No obstante, Victor Hugo, marcado desde joven por la pérdida de seres queridos y alterado tanto por los acontecimientos políticos como por los de su vida privada, crea una obra colosal que cuenta con más de veinte poemarios, nueve novelas, una docena de obras de teatro y muchos otros textos, a los que hay que añadir la abundante correspondencia que mantiene durante toda su vida. De

genio precoz y pobre a encarnación de la República francesa, pasando por joven relista y exiliado voluntario: esa es la trayectoria del hombre lleno de contradicciones que vamos a analizar, un hombre que, por todo ello, representa especialmente bien a su siglo.

CONTEXTO

EL SIGLO XIX O EL REINO DE LA AGITACIÓN

En Francia, el siglo XIX es el de los experimentos políticos. Al término de la Revolución francesa (1789), el país prueba todos los regímenes. El imperio, la monarquía y el sistema republicano se reparten uno tras otro el mando entre 1799 —año que marca el fin del periodo revolucionario y de la Primera República— y 1870 —año en que se adopta definitivamente la república.

Del Consulado a la Monarquía de Julio

Cuando nace Victor Hugo, en 1802, Napoleón Bonaparte (1769-1821) es cónsul vitalicio desde hace tres años. Pero a partir de 1804 efectúa una transición hacia un régimen que conviene mejor a sus ambiciones políticas, el imperio, y se convierte en emperador de los franceses bajo el nombre de Napoleón I. Este periodo está marcado por importantes campañas militares y por la conquista de una buena parte de Europa. Sin embargo, en 1814, la toma de París obliga al emperador a abdicar una primera vez ante las fuerzas europeas coaligadas en su contra. Sin embargo, vuelve a la cabeza de Francia durante el periodo de los Cien Días, del 20 de marzo al 18 de junio de 1815. Pero la humillante derrota que sufre durante la batalla de Waterloo lleva a su caída definitiva, así como a la restauración de la monarquía —una monarquía esta vez constitucional, y ya no absoluta—. Ya no se quiere volver al Antiguo Régimen. Aunque Luis XVIII (1755-1824) logra estabilizar el país, su sucesor, Carlos X (1757-1836) toma varias medidas anticonstitucionales que provocan la ira del pueblo. En 1830, las jornadas revolucionarias de los días 27, 28 y 29 de julio (las Tres Gloriosas) llevan a un cambio de dinastía: es el comienzo de la Monarquía de Julio, que lleva a la coronación de Luis Felipe de Orleans (1773-1850).

De la Revolución de 1848 a la Tercera República

El año 1848 marca de nuevo un punto de inflexión en el siglo. La Revolución de 1789 había señalado la esclerosis de la sociedad francesa y su necesidad de cambio, pero ni el imperio ni la monarquía aportan las respuestas adecuadas. Entonces el pueblo se subleva de nuevo y, en esta revolución, la política y la literatura forman un frente común. De hecho, es el poeta Alfonso de Lamartine (1790-1869) el que proclama la Segunda República el 24 de febrero. Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), el sobrino de Napoleón Bonaparte, es elegido presidente. Sin embargo, contrariado por no poder presentarse a un segundo mandato, se autoproclama emperador bajo el nombre de Napoleón III

tras un golpe de Estado en diciembre de 1851. Durante su reinado, el nuevo emperador incita al desarrollo de la industria francesa y emprende grandes obras de transformación en París. En política exterior, con una Francia consciente del peligro que representa para ella la unificación de Alemania, declara en julio de 1870 la guerra contra Prusia, que aplasta enseguida al ejército francés. Napoleón III es hecho prisionero tras la derrota de Sedán, en septiembre de ese mismo año, lo que precipita el fin del Segundo Imperio y abre la vía a la Tercera República, que durará hasta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Tras el sangriento episodio de la Comuna —una insurrección popular que tiene lugar en 1871 y que busca imponer en París un sistema de autogestión—, Francia vive por fin en una situación de relativa estabilidad durante las últimas décadas del siglo XIX.

UNA SOCIEDAD EN PLENA TRANSFORMACIÓN

A inicios del siglo XIX, las revoluciones y las campañas de Napoleón I asestan un duro golpe a la economía francesa. Pero bajo la Monarquía de Julio y, sobre todo, bajo el Segundo Imperio, la Revolución Industrial, que llega de Inglaterra, le da un nuevo impulso a la economía nacional gracias a la aparición del ferrocarril, de la máquina de vapor y de instrumentos técnicos cada vez más perfeccionados. Los centros urbanos experimentan un considerable auge, en detrimento de las zonas rurales, cada vez más despobladas; las vías de comunicación se desarrollan en gran medida; aparecen las primeras grandes superficies y las primeras especulaciones inmobiliarias; también nace la lógica de la producción en masa y el trabajo en cadena, etc. Pero este desarrollo industrial no tiene solo ventajas: en realidad, con él aparece una clase obrera desfavorecida, formada en gran parte por campesinos forzados a emigrar a las ciudades para encontrar trabajo.

Al mismo tiempo, se hace sentir la necesidad de políticas sociales más justas. Así, en 1841 se vota la ley sobre el trabajo infantil, que prohíbe emplear a un niño menor de ocho años y que limita las horas de trabajo hasta los dieciséis años. La lucha por la igualdad, que se inició con la Revolución de 1789, vuelve con más fuerza tras el régimen autoritario del imperio, y el sufragio universal masculino constituye uno de los grandes progresos de la Segunda República, que desgraciadamente dura poco. De hecho, este se restringe durante el Segundo Imperio, antes de reestablecerse a través de la Tercera República. La libertad de prensa, que aprueban y suprimen los sucesivos Gobiernos, está en constante peligro hasta que se plasma en la ley del 29 de julio de 1881, sobre la que se funda la libertad de expresión en Francia. Finalmente, tras algunos progresos en el ámbito de la instrucción pública a lo largo de todo el siglo, Jules Ferry (1832-1893) establece la gratuidad de la enseñanza primaria en 1881. Al año siguiente,

hace que la enseñanza sea obligatoria y laica, sentado una de las bases de la República francesa.

A nivel europeo, el patriotismo y la lucha por la conservación de la identidad nacional son uno de los grandes temas de preocupación de todos los países, y emergen nuevas naciones a lo largo del siglo: Bélgica y Grecia en 1830, Italia en 1870, Alemania un año más tarde, Serbia en 1878, etc. Paradójicamente, a partir de la Restauración se asiste al surgimiento de un discurso sobre Europa y la civilización europea, y a proyectos de colaboración entre los Gobiernos nacionales.

DEL LIRISMO ROMÁNTICO A LA OBJETIVIDAD REALISTA

La exaltación de la identidad nacional es, entre otros, el resultado de una de las corrientes artísticas y literarias más importantes de la época: el romanticismo. Este nace en Alemania en el siglo XVIII y aparece en Francia en la primera mitad del siglo XIX, y se caracteriza principalmente por la expresión de la individualidad de los artistas y de los escritores, que demuestran una exacerbada sensibilidad y que le dan un gran protagonismo a los sentimientos. Pero el romanticismo también significa la vuelta a la naturaleza, la recuperación del sentimiento religioso y la glorificación del pasado nacional. En pintura está representado por Théodore Géricault (1791-1824) o por Eugène Delacroix (1798-1863), mientras que en literatura las figuras clave son Alfonso de Lamartine, Alfredo de Vigny (1797-1863), Alfredo de Musset (1810-1857) y Charles Augustin Sainte-Beuve (1804-1869), precedidos por François-René de Chateaubriand (1768-1848). Este último ejercerá una considerable influencia sobre Victor Hugo, que declara en su juventud querer «ser Chateaubriand o nada» (Historia ABC 2017).

Aunque a menudo se considera a Victor Hugo el autor romántico por excelencia, también se inspira en una corriente que, por su parte, se desarrolla esencialmente durante la segunda mitad de siglo: el realismo. Encarnado por Gustave Courbet (1819-1877) en pintura e iniciado por Honoré de Balzac (1799-1850) en el ámbito de la literatura, la corriente realista intenta, tras la inspiración lírica del romanticismo, rendir cuenta de la realidad de la manera más fiel posible, siendo la objetividad y la verdad sus principales preocupaciones. Los autores de este movimiento intentan especialmente describir minuciosamente el día a día en todos sus aspectos.

BIOGRAFÍA

UNA JUVENTUD COMPLICADA

Retrato que representa a Victor Hugo en su juventud.

Victor Hugo forma parte de esos pocos personajes cuya vida fue a la vez larga e intensa, y esto en todos los ámbitos. El futuro escritor, que nace en Besanzón en 1802, es hijo de una mujer que está a favor de la monarquía y de un padre soldado y más tarde general de Napoleón I. Solo durante los primeros meses de su vida conoce lo que es la unidad familiar, rota más adelante por los desengaños sentimentales de sus padres. Victor Hugo vive con sus hermanos mayores, Abel y Eugène, una infancia triste entre el hogar de su madre y los internados a los que les envía su padre. Victor Hugo, un brillante estudiante y lector insaciable, destaca enseguida desde su más temprana edad por su talento como escritor: a los quince años, un poema que envía al concurso de la Academia Francesa llama ya la atención.

Tras haber pensado en estudiar en la escuela politécnica, comienza estudios de Derecho, estudios que abandona enseguida para dedicarse a la literatura. En 1821, a los diecinueve años, publica *Odas y baladas*, su primer poemario, en el que da rienda suelta a los problemas políticos y a sus tormentos personales. Su madre muere ese mismo año, algo que destroza al joven poeta. Al año siguiente se casa con su amiga de la infancia, Adèle Foucher (1803-1868).

LOS PRIMEROS ÉXITOS

En la década siguiente, la pareja tiene cinco hijos: Léopold, que muere de pequeño, Léopoldine, Charles, François-Victor y Adèle. Hugo se encuentra en un periodo de intensa producción, tanto novelesca como teatral y poética. En 1827, *Cromwell* le sitúa como el jefe de filas de los románticos debido al prefacio de la

obra, en el que teoriza el drama romántico. También en esa época empieza a afirmar sus posiciones políticas, sobre todo con *El último día de un condenado a muerte* (1929), en el que clama su postura contraria a la pena capital. Al año siguiente, *Hernani* se convierte en el ejemplo por excelencia del drama romántico y desencadena la cólera de los autores clásicos durante la célebre batalla de Hernani.

Cuando escribe *Nuestra Señora de París* (1831-1832), Victor Hugo descubre la relación de su mujer con Sainte-Beuve, su mejor amigo. Tras un periodo de profunda desesperación, recupera la alegría de vivir en brazos de la actriz Juliette Drouet (1806-1833), con la que mantiene una relación que durará hasta la muerte de esta. El autor, sin embargo, nunca se separará de Adèle.

Retrato de Juliette Drouet pintado por Charles-Emile-Callande de Champmartin, *c.* 1827.

EL RECONOCIMIENTO PÚBLICO

Los dramas familiares de Victor Hugo se encadenan. En 1837, se entera de la muerte de su hermano Eugène, internado en un asilo psiquiátrico desde hacía varios años. Al mismo tiempo, su carrera literaria se sitúa en una curva ascendiente: en 1838, su obra *Ruy Blas* es un verdadero éxito, y el escritor, reconocido y admirado por todos, accede a la Academia Francesa en 1841. Pero el destino vuelve a cebarse con él dos años más tarde: su hija Léopoldine, de diecinueve años, muere trágicamente, algo que le conmociona tanto que nunca volverá a recuperarse. A este episodio le siguen casi diez años de silencio literario.

Su vida sentimental también se complica al año siguiente, cuando tiene una segunda amante, Léonie d'Aunet (1820-1879), con la que mantendrá una relación hasta 1851. En esta misma época, Hugo se acerca al rey Luis Felipe I y se convierte en su confidente. El soberano le ofrece en 1845 un escaño en la Cámara de los Pares, donde se posiciona en el bando de los conservadores. Cuando, durante la Revolución de Febrero de 1848, Luis Felipe I se ve obligado a abdicar en favor de su nieto, el escritor apoya la regencia de la duquesa de Orleans y forma parte de los que reprimen la insurrección obrera en junio de ese mismo año —un gesto del que se arrepentirá más tarde—. Aunque acaba apoyando a Luis Napoleón Bonaparte, Victor Hugo, elegido diputado a la Asamblea, se posiciona rápidamente con la izquierda y coincide en numerosos puntos con los demócratas. En este mismo momento, dándose cuenta de que Bonaparte opta por la vía del poder absolutista, toma distancias con él. En el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 se coloca del lado de la resistencia y más tarde, perseguido por el nuevo régimen, se ve obligado a huir.

LA ÉPOCA DEL EXILIO

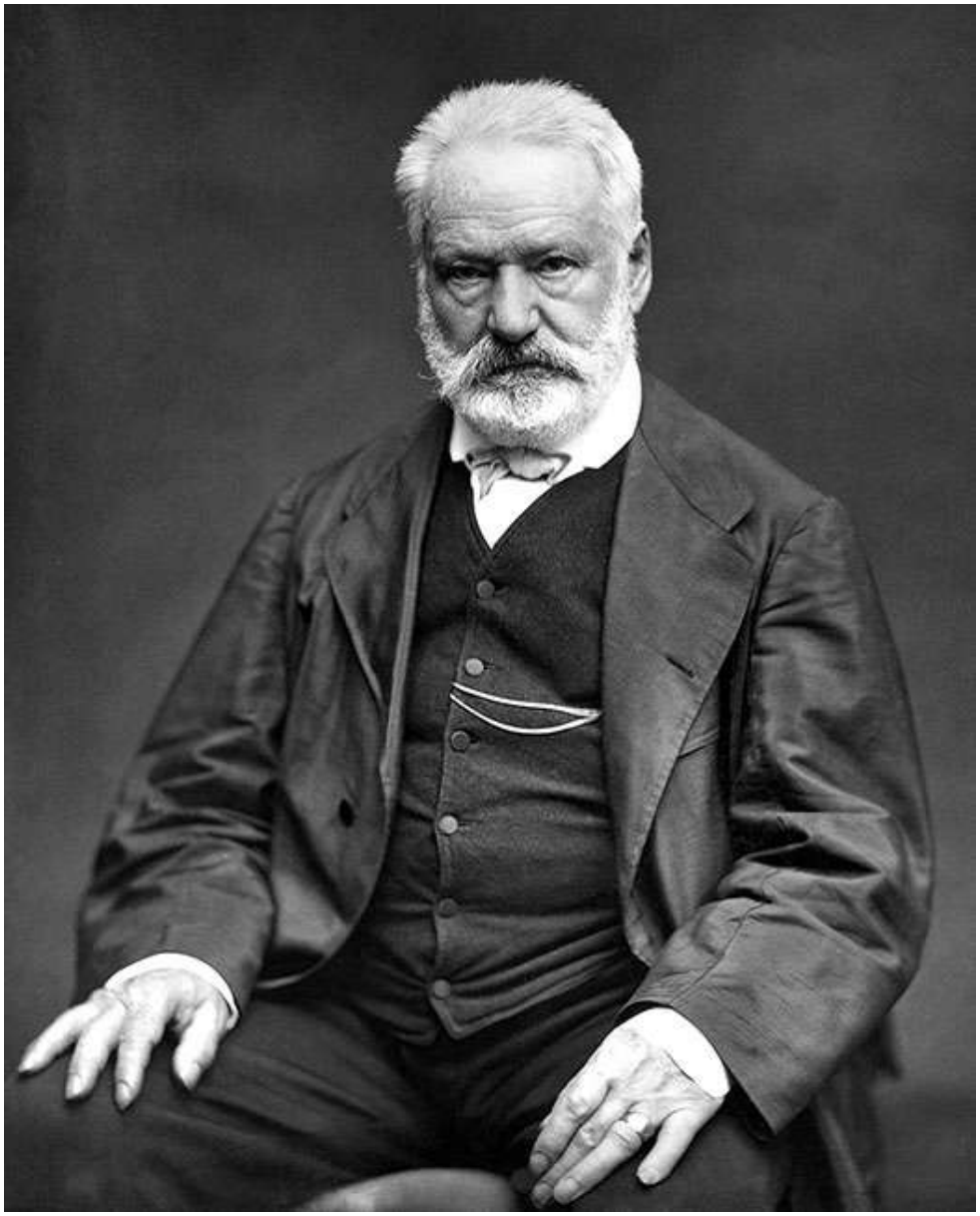
La primera etapa de su exilio transcurre en Bruselas. Victor Hugo escribe allí un panfleto dirigido contra el nuevo régimen —*Napoleón, el pequeño* (1852)—, pero la publicación de esta obra le obliga a abandonar el territorio belga. Entonces se instala en las islas anglonormandas, en Jersey y después en Guernsey, donde acude su familia. Juliette Drouet también les acompaña, lo que no impide al cabeza de familia aprovechar los encantos de sus empleadas domésticas. Pero el ciclo de desgracias vuelve a golpearle: su hija Adèle cae en las garras de la locura y su mujer fallece en 1868.

En el plano literario, este exilio permite al escritor componer obras que marcarán a todos: en poesía, Los castigos (1853), Las contemplaciones (1856) y la primera serie de La leyenda de los siglos (1859); en prosa, *Los miserables* (1862), *Los trabajadores del mar* (1866) y *El hombre que ríe* (1869). También en ese momento Hugo, que sigue afectado por la muerte de su hija, experimenta con sesiones de espiritismo y desarrolla un profundo sentimiento religioso.

UN HÉROE NACIONAL

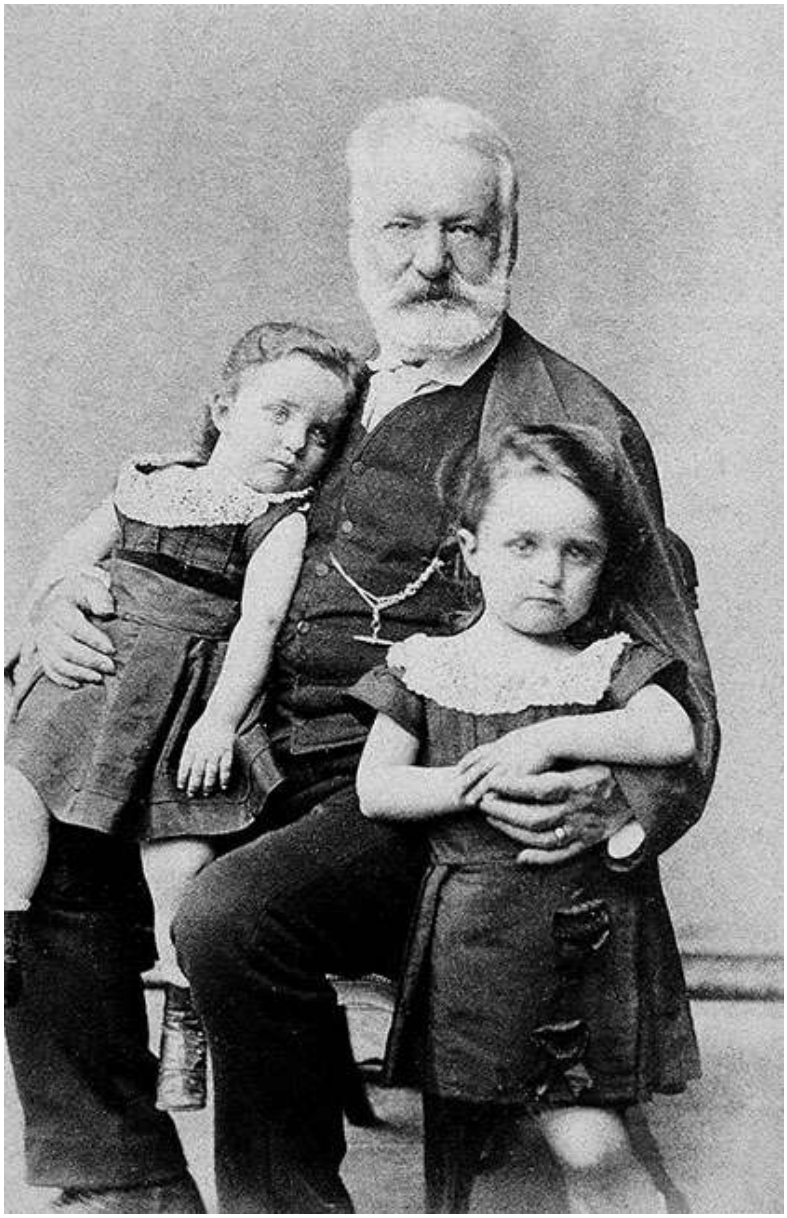
A pesar de las sucesivas amnistías pronunciadas por Napoleón III, Hugo rechaza en varias ocasiones volver a Francia, y no vuelve a pisar su país hasta 1870, después del estallido del imperio. Es recibido en calidad de héroe y se une a la Asamblea Nacional de la Tercera República. Tras un nuevo exilio forzoso durante la Comuna, Victor Hugo, de vuelta en París, vuelve a vivir dramas personales: la muerte de sus hijos Charles y François-Victor, en 1871 y 1873

respectivamente, así como el internamiento de su hija Adèle en un centro psiquiátrico en 1872.



Fotografía de Victor Hugo realizada por Étienne Carjat en 1876.

Con todo, Victor Hugo sigue con su carrera política y, en 1876, llega al Senado, donde ocupará un escaño hasta su muerte. Sigue escribiendo, y entre sus obras destaca *El año terrible* (1872), *Noventa y tres* (1874), *El arte de ser abuelo* (1877) y *La leyenda de los siglos* (segunda serie en 1877 y tercera en 1883).



Victor Hugo con sus nietos Georges y Jeanne en 1872.

En 1883, Juliette Drouet, su pareja de toda la vida, fallece. Él se apagará dos años más tarde, el 22 de mayo de 1885. Victor Hugo, querido por todos —tanto por el pueblo como por las grandes figuras de la época—, recibe un funeral de Estado y es enterrado en el Panteón.

Rodin, Auguste, *Monumento a Victor Hugo*, 1895-1896, bronce, 185 × 285 × 162 cm, París, museo Rodin. Tras la muerte de Victor Hugo, se decide dedicarle un monumento en el Panteón, siendo Rodin el elegido para realizarlo en 1890. Por desgracia, su obra es rechazada, por lo que el escultor realiza distintos proyectos. Esta escultura muestra al escritor durante su exilio en Guernsey, desnudo, al borde de las rocas y rodeado por dos musas.

CARACTERÍSTICAS

LA ESCRITURA DE LA DESMESURA

Lo mínimo que se puede decir es que Victor Hugo no se limita a un solo género literario. Aunque durante su juventud privilegia el teatro y la poesía,

también es autor de numerosas novelas, siendo algunas de ellas las más célebres de la literatura francesa. También se dedica a la escritura periodística, y sus discursos pronunciados ante la Asamblea Nacional siguen grabados en los anales de la literatura política (*Actos y palabras*, publicados en 1875-1876). Finalmente, deja una abundante producción epistolar que comprende sobre todo brillantes cartas de amor dirigidas a su mujer y a sus amantes que, aunque no fueran escritas para ser publicadas, merecen la pena.

Pero entre toda esta diversidad existe una constante: en cada una de sus obras, Victor Hugo muestra, desde un punto de vista estilístico, la necesidad de suscitar la emoción de los lectores o de los espectadores. Liberándose de las limitaciones y del buen gusto clásico, escribe en un estilo exaltado, grandilocuente, algo que a veces provoca críticas. Le da rienda suelta a la exageración —recurriendo mucho a la hipérbole y a la enumeración—, y mezcla con destreza acentos líricos y épicos, lo sublime y lo grotesco —pensemos en Cuasimodo en *Nuestra Señora de París* o en *El hombre que ríe*—, para llamar la atención de su público. Esta escritura de la desmesura, que se impone cada vez más a medida que el autor envejece, se expresa por ejemplo plenamente en los poemas de *La leyenda de los siglos*, como en este extracto de «Abîme» («El abismo»):

«¡Millones, millones y millones de estrellas!

soy, en la espantosa sombra y bajo sagrados velos,

el espléndido bosque de las constelaciones.

Soy yo la nebulosa de los ojos y los rayos,

el inaudito y lúgubre espesor de las luces,

que todavía todo desborda con los primeros efluvios,

mi resplandeciente abismo os alimenta a todos.

¡Oh!, astros a mis pies, estoy tan lejos de vosotros

que mi vasto archipiélago de inmóviles esplendores,

que mi montón de soles no está, para vuestros frágiles ojos,

en el fondo del cielo, desierto lúgubre donde muere el ruido,

¡Que un poco de ceniza roja se disperse en la noche! […]» (Hugo 1877).

EL ROMANTICISMO EN TODOS SUS ESTADOS

Asimismo, en esta vasta producción, detectamos incontestablemente los grandes rasgos del romanticismo. El escritor, influido desde joven por Chateaubriand, es en realidad una de las figuras maestras del movimiento romántico francés. Lo que es más, es él quien lo lleva al teatro, primero con *Cromwell* y su célebre prefacio, y luego con *Hernani* y la batalla posterior. Estas dos obras —y muchas otras— dan nacimiento al drama romántico, un nuevo género que rompe con los códigos clásicos —la regla de las tres unidades (de tiempo, de lugar y de acción), que quiere que cada obra se desarrolle en veinticuatro horas, en un solo lugar y que no comprenda más que una acción principal, y la regla de la buena educación, que excluye ciertas palabras y toda escena de violencia o con connotaciones sexuales. El drama romántico, según Hugo, se caracteriza también por la mezcla de los estilos trágico, patético y cómico, a los que a veces se mezclan toques fantasiosos.

Pero la contribución del autor al romanticismo no para ahí. Su poesía, centrada en su interioridad, también refleja las principales preocupaciones de los románticos franceses. El amor, entre otros, tiene un lugar predilecto, por ejemplo, a partir de la descripción de los sentimientos del poeta por su mujer Adèle o por sus amantes (*Hojas de otoño*, 1831, y *Los cantos del crepúsculo*, 1835).

Por otra parte y como a todo buen romántico, a Victor Hugo le apasiona la historia: la historia nacional en *Nuestra Señora de París* y en *Los miserables*, o la historia inglesa en *El hombre que ríe*. La exaltación de la naturaleza, otro rasgo romántico, también ocupa un lugar importante en su obra, sobre todo en *Las canciones de las calles y de los bosques* (1865) o, en otro registro, en *Los trabajadores del mar*. Finalmente, a partir de su exilio, el misticismo y la religión —de los que Hugo tiene una idea muy personal— se imponen cada vez más en su producción, especialmente en los poemas publicados póstumamente *El fin de Satán y Dios*.

EL GUÍA DEL PUEBLO

Victor Hugo también se encuentra en el origen de una nueva visión del escritor que harán suya muchos autores románticos. Siente que tiene una misión para con el pueblo, al que desea librar de sus cadenas y guiar hacia una mayor libertad. Sus poemarios muestran especialmente bien esta postura —que también se expresa de forma concreta a través del compromiso político del escritor—. Así, en *Los castigos*, denuncia violentamente el golpe de Estado del 2 de diciembre de

1851 y el régimen autoritario de Napoleón III, que aplasta a la población. He aquí un extracto del poema «Au peuple» («Al pueblo»), de la obra *Los castigos*:

«Por todas partes llantos, sollozos, gritos fúnebres.

¿Por qué duermes en las tinieblas?

No quiero que estés muerto.

¿Por qué duermes en las tinieblas?

No es el momento de dormir.

La pálida Libertad yace moribunda a tus puertas.

Lo sabes: si tú mueres, muere ella.

He aquí la hiena en tu umbral,

he aquí las ratas y las comadrejas,

¿Por qué has dejado que te pongan vendas?

¡Te muerden en tu ataúd!

Entre todos los pueblos preparamos

el convoy… —

¡Lázaro, Lázaro, Lázaro!

¡Levántate! […]» (Hugo 1853).

En sus novelas, este deseo de posicionarse como garante de las libertades del pueblo le lleva a flirtear con el realismo. Algunas de sus primeras obras, como *El último día de un condenado a muerte* y *Claude Gueux* (1834), ya pueden describirse como prerrealistas, ya que su objetivo es que se sienta el horror del universo carcelario y judicial describiendo la realidad lo más fielmente posible. Este procedimiento típicamente realista le procura al autor argumentos sólidos ya que están basados en hechos reales, que le permiten apoyar sus tesis políticas y sociales (en este caso, la lucha contra la pena de muerte).

Nos encontramos con esto mismo en *Los miserables*, donde Victor Hugo realiza una pintura social llena de verdades con el objetivo de denunciar la pobreza y los malos tratos que el Estado inflige a los desfavorecidos. Esta novela, publicada en 1852, el momento en el que el realismo gana terreno en la escena literaria francesa, generaliza el uso de las técnicas propias al movimiento, como el empleo de un vocabulario argótico cuyo objetivo es que los personajes sean más convincentes o la descripción minuciosa de las condiciones de vida de los «miserables» franceses. Por otra parte, hay que destacar que estos efectos realistas también tienen un objetivo didáctico: si quiere difundir sus ideas progresistas, Hugo tiene que garantizar primero la buena comprensión de sus obras por un vasto público.

OBRAS SELECCIONADAS

EL ÚLTIMO DÍA DE UN CONDENADO A MUERTE

Publicada en 1829, cuando Victor Hugo acaba de cumplir los veintisiete años, *El último día de un condenado a muerte* es hoy en día una de sus obras más célebres —y, junto con *Los miserables*, una de las más emblemáticas de su compromiso político y social—. Esta breve novela, que toma la forma de texto autobiográfico, llama la atención de los lectores —tanto para bien como para mal — desde el momento de su publicación. De hecho, bajo pretexto de escribir ficción, lo que Hugo reclama con ella es, nada más y nada menos, la abolición de la pena de muerte.

Este texto reúne las últimas notas supuestamente escritas por un hombre condenado a la guillotina. Su diario, que comienza hacia el final de su estancia en prisión, sigue su proceso, la estupefacción posterior a su condena y su llegada a la prisión de Bicêtre. El narrador ofrece descripciones minuciosas de su celda y de la vida en la cárcel. Así, asistimos a algunas escenas muy realistas, como las de la salida de un grupo de prisioneros hacia la cárcel de Toulon (con muchos detalles sobre cómo se ataba, encadenaba y humillaba a los presos), las entrevistas del condenado con el sacerdote o incluso su visita a la enfermería. A continuación cuenta el día de su ejecución, etapa por etapa, desde su despertar en Bicêtre hasta su llegada a la plaza de la Grève en París, pasando por su transporte al ayuntamiento y la última vez que ve a su hija de dos años. El narrador solo suelta la pluma cuando le llega la hora de morir.

Este relato factual está vinculado con otro aún más importante y, sobre todo, más impresionante. Es el de las sensaciones, las emociones y los miedos que experimenta el condenado a medida que siente que la muerte se acerca. En esta parte del texto se encuentra la petición velada de Victor Hugo contra la pena de muerte. El condenado cuenta las terribles angustias que le ahogan, el absurdo que representa la muerte para un hombre perfectamente sano o incluso la tristeza

infinita que supone abandonar a su hija. Vemos cómo se aferra a esperanzas absurdas, por ejemplo, la de que el rey le conceda un indulto o la de conseguir escaparse disfrazado.

Pero ¿qué se sabe exactamente de este narrador? En realidad, no demasiado. Es joven, está casado y es padre de una niña pequeña. A través de la descripción de sus costumbres, de su vocabulario y de su dominio del latín, adivinamos que se trata de un hombre de alto rango. ¿Qué ha hecho para merecer su suerte? El relato nunca lo deja entrever: todo lo que sabemos es que ha «cometido un verdadero crimen» y que ha «derramado sangre» (Hugo 2016, cap. XI). ¿Por qué un silencio tal? El propio Hugo lo explica en el prefacio de la edición de 1832. Lo que intenta hacer con este libro es convertir lo particular en universal, con el fin de darle más fuerza a su argumentario, de atraer la atención de las altas esferas de la sociedad sobre una medida injusta y, quizás, desembocar en una nueva ley. De la misma manera, hay que destacar que el deseo de Victor Hugo —la abolición de la pena de muerte— no será satisfecho en Francia hasta 1981.

HERNANI

Hernani es, junto con *Ruy Blas* (1838), una de las obras más memorables del teatro hugoliano, no solo por su contenido y por su estilo, sino también por las peripecias que rodean sus primeras representaciones. La obra se representa por primera vez en el teatro de la Comedia Francesa en febrero de 1830.

La acción se sitúa en 1519 en Zaragoza (España) y en Aquisgrán (Alemania), y está fundada sobre una configuración amorosa que el escritor retomará al año siguiente en *Nuestra Señora de París*. La novela da voz a una joven, doña Sol, procedente de la nobleza española, y a tres hombres que luchan por su amor: se trata de don Ruy Gómez de Silva, su tío, con el que ha sido prometida; don Carlos, el futuro emperador Carlos V; y Hernani, un salteador de caminos que resultará tener procedencia noble. Como el padre de este último es condenado a muerte por el padre de don Carlos, Hernani se promete matar al futuro emperador como represalia. Sin embargo, cuando don Carlos es consagrado, demuestra clemencia y rinde sus títulos a Hernani, al tiempo que le autoriza a casarse con doña Sol, que también lo ama. Sin embargo, está unido a don Ruy Gómez por un pacto. Por eso, este último, loco de celos, acaba obligándolo a matarse durante su noche de nupcias. Después doña Sol, desesperada, se envenena. Don Ruy Gómez se suicidará después.

En esta obra encontramos varias temáticas apreciadas por Hugo. En primer lugar España, que fascina al autor desde su infancia (su padre fue general en este país bajo el mandato de Napoleón I) y que aparece tanto en su poesía como en varias de sus obras. También el imperio, evocado a través del tema de la

coronación de Carlos V y que el autor, realista desde su infancia pero fascinado por la figura de Napoleón III, ve cada vez más como el régimen ideal.

Pero lo que sobre todo marca en *Hernani* es el fulgor de las pasiones apreciadas por el romanticismo, de las que Hugo se convierte en punta de lanza con esta obra. Esta característica aparece especialmente a través del personaje de Hernani. Su apasionado amor por doña Sol, su destino de paria, su incapacidad para encontrar su lugar en la sociedad, su sentido del sacrificio y su valentía sin límites lo convierten en un héroe romántico por excelencia. Al contrario de lo que ocurre con los héroes clásicos, Hernani es un ser complejo.

Por otro lado, el autor fija sus pasiones en un nuevo marco, el del drama romántico. Conforme a la definición que da de este género en el prefacio de *Cromwell*, *Hernani* mezcla los géneros trágico y cómico y se libera de la regla clásica de las tres unidades: la acción es doble (la coronación de Carlos V y la historia de amor que une a Hernani y a doña Sol), se desarrolla en dos países diferentes (España y Alemania) y se extiende en un periodo de seis meses. Hugo también se deshace de la regla de la buena educación: los términos como «bandido» o «concubino», proscritos por el registro clásico, se pronuncian por primera vez en un escenario de teatro. En parte, es esta nueva libertad del lenguaje la que suscita la cólera de los más feroces oponentes del romanticismo. El desacuerdo entre románticos y clásicos toma entonces enormes proporciones desde el momento en el que se producen las primeras representaciones de la obra: los primeros se esfuerzan por tapar el ruido de los segundos, que silban la mayoría de los versos. Algunos espectadores llegan incluso a las manos. No obstante, estos acontecimientos no impiden que la obra conozca un franco éxito y que Victor Hugo se consagre como jefe de filas de la nueva literatura.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

Todo el mundo conoce la historia de esta voluminosa novela publicada en 1831 gracias a sus numerosas adaptaciones, ya sea en el teatro, en la ópera, en el cine o incluso en versión cómic. Al final del siglo XV, Esmeralda, una huérfana bohemia que vive en los barrios más sombríos de la célebre Corte de los Milagros de París, se enamora de un soldado llamado Febo, que está entonces a punto de casarse con la joven Flor de Lis. Febo, que no está enamorado de la bella gitana, no se opone a la idea de pasar la noche con ella, lo que suscita los celos de Frollo, el archidiácono de Nuestra Señora, presa de profundas dudas sobre su fe y que también se siente atraído por Esmeralda. El hombre de iglesia intenta entonces apuñalar a Febo, pero es Esmeralda, que comparte lecho con el soldado en el momento del crimen, la que es acusada y condenada a la horca. Quasimodo, un hombre jorobado y cojo recogido por Frollo cuando era un bebé y que también está enamorado de la gitana, salva a Esmeralda y le ofrece refugio en la catedral.

Sin embargo, Frollo acaba por entregarla a las autoridades y la joven es colgada. Quasimodo, furioso, empuja al archidiácono desde lo alto de la catedral y después acude junto al cuerpo de Esmeralda para dejarse morir a su lado.

Esta obra de contrastes pertenece al género de la novela histórica, que debe su popularidad a la escuela romántica y, sobre todo, a las obras del escritor escocés Walter Scott (1771-1832), autor del célebre *Ivanhoe* (1819). Victor Hugo sitúa la trama de su historia a finales de la Edad Media, dejando entrever el comienzo de la época moderna. A personajes que existieron realmente, como el rey Luis XI (1423-1483), o que están inspirados en figuras reales, como Frollo y el poeta Gringoire, se le añaden otros creados de principio a fin por el escritor pero conformes a los estereotipos existentes en el siglo XIX sobre el periodo medieval. Por ejemplo, podemos citar a Quasimodo, el monstruo deforme, a Esmeralda, la seductora, o incluso a Febo, un soldado muy viril. En esta novela también encontramos el interés que siente Victor Hugo por las capas bajas de la sociedad, por el pueblo, al que hasta ese momento la literatura apenas había dado voz. Así, el autor muestra su fascinación por la Corte de los Milagros y sus habitantes, fingidos lisiados o verdaderos ladrones que viven en los confines de la sociedad. Otra temática constante en el conjunto de la obra de Victor Hugo es la muerte injusta a través de la suerte de Esmeralda, condenada a la horca a pesar de ser inocente. Esto prolonga la reflexión iniciada dos años antes en *El último día de un condenado a muerte*. Así, abordando temas de actualidad bajo un barniz histórico, Hugo se aleja radicalmente de una mera reconstitución del pasado.

Finalmente, esta obra se desmarca también gracias a un importante contraste entre lo sublime y lo grotesco, una de las grandes constantes de la producción de Victor Hugo. Lo sublime, que ya gustaba a los autores del siglo XVIII, se expresa esencialmente en los autores románticos. En cuanto a lo grotesco, es sobre todo la influencia de William Shakespeare (1564-1616) la que incita a Hugo a recurrir a ello. *Nuestra Señora de París* se equilibra constantemente entre estos dos polos: grotesco por la Fiesta de Locos en la que Quasimodo es elegido papa o incluso por su físico deforme, pero sublime por el amor que siente por Esmeralda o el que ella misma siente por Febo.

LAS CONTEMPLACIONES

Esta recopilación, publicada en 1856 durante el exilio del autor en Guernsey, recoge poemas redactados entre 1830 y 1855, y se articula en torno a la muerte de su hija Léopoldine. Este dramático acontecimiento tiene un considerable impacto en la vida del autor, que nunca se habría recuperado realmente del golpe, y deja una profunda huella en su obra poética.

Las contemplaciones están divididas en tres partes. La primera, titulada «Antes», está formada por tres libros («Aurora», «El alma en flor» y «Las luchas

y los sueños») y sigue como si de una autobiografía se tratara el itinerario espiritual del *poeta* desde 1830 hasta el trágico accidente, en 1843. Esta primera sección quiere ser el reflejo del amor y de la confianza en la vida que entonces animaban a Victor Hugo. La segunda parte, «Hoy», también está formada por tres libros («Pauca Meae», «En marcha» y «Al borde del infinito») y recoge poemas redactados entre 1843 y 1855, llenos del duelo y la tristeza provocados por la desaparición de Léopoldine. Aquí se encuentra el famoso poema «Demain, dès l'aube…» («Mañana, después de alba»), en el que el escritor comparte su necesidad de acudir a la tumba de su hija. El poemario se cierra con un epílogo «À celle qui est restée en France» («A la que se queda en Francia»), compuesto por ocho poemas dedicados a Léopoldine.

El prefacio de la obra indica sin rodeos el objetivo perseguido por el escritor en esta selección: «¿Qué son Les Contemplations [*sic*]? Es lo que se podría llamar, si la palabra no tuviese alguna pretensión, las "Memorias de un alma"» (Porras de Rodríguez 2002, 158). Así, la recopilación se inscribe plenamente en el romanticismo. Sin embargo, esta alma no es solo suya, sino de todos los hombres, tal y como expresa en este mismo prefacio:

«Mi vida es la vuestra, vuestra vida es la mía, Uds. viven lo que vivo; la que nos está destinada es una. Tomad pues este espejo, y miraos allí. Uno se queja a veces de los escritores que dicen yo. Hablemos de nosotros, les proclamarán… [*sic*] ¡cuando yo os hablo de mi [*sic*], yo os hablo de Uds! ¡Ay! ¿Cómo no lo sienten? ¡Ah, insensato, que no crees que yo soy tú!» (Porras de Rodríguez 2002, 156).

Por otra parte, Hugo también defiende en esta recopilación la visión romántica del lenguaje y de la poesía. En el poema «Respuesta a un acta de acusación» afirma claramente su voluntad de emplear un lenguaje popular: «Yo puse un gorro frigio en el viejo diccionario. (…) (y) provoqué una tempestad en el fondo del tintero» (Porras de Rodríguez 2002, 157). Y en esta reivindicación de libertad, la versificación no tiene nada que envidiarle: Hugo sustituye el alejandrino clásico, tradicionalmente compuesto por dos hemistiquios de seis sílabas, por un alejandrino llamado alejandrino romántico o ternario. Este verso está partido en tres grupos rítmicos que suelen tener cuatro sílabas cada uno. Un claro ejemplo es el poema «Demain, dès l'aube…» («Mañana, después del alba») en su versión original en francés: «Je m'en irai/les yeux fixés/sur mes pensées» (Porras de Rodríguez 2002, 144).

Las contemplaciones, que es a la vez un libro de duelo y de nostalgia, es un puente tendido hacia los hombres y una obra iconoclasta que ofrece un excelente resumen de la vida interior de Victor Hugo durante este periodo, pero también un magnífico ejemplo de sus ambiciones literarias.

LOS MISERABLES

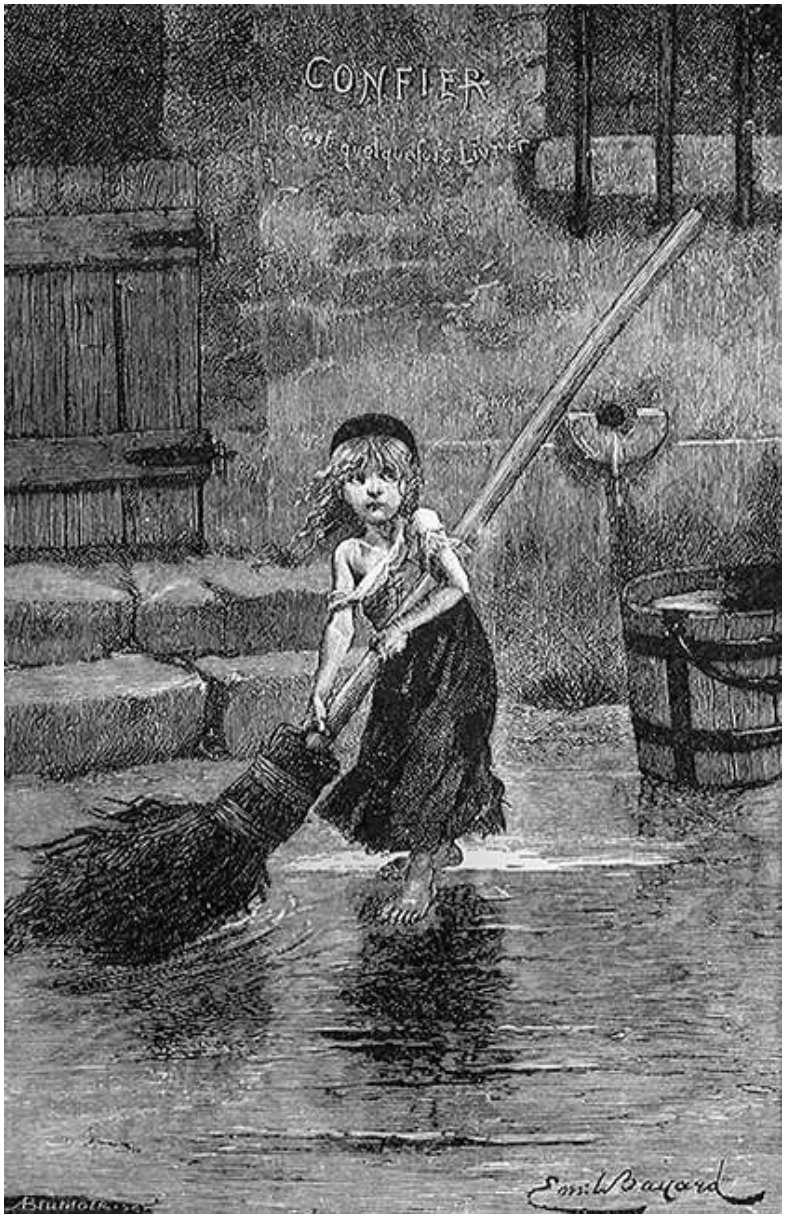
Esta obra, publicada en 1862 cuando el autor estaba exiliado en Guernsey, es la gran novela social de Victor Hugo, donde mejor expresa su punto de vista sobre las cuestiones de la pobreza, del trabajo y de la educación. El escritor comienza la novela en 1845, cuando todavía vive en suelo francés, pero las transformaciones políticas y el exilio le obligan a postergar su redacción durante una quincena de años.

La trama de *Los miserables* se inscribe también en un marco muy real: se desarrolla entre la derrota de Napoleón I en Waterloo en 1815 y la insurrección republicana de junio en 1832 en París. Así, Hugo abarca todo el periodo de la Restauración y los dos primeros años de la Monarquía de Julio. El hilo conductor del relato es la vida de Jean Valjean, desde su salida de la cárcel en 1815 hasta su muerte. Este, perfecta encarnación del «miserable», elige la vía de la redención tras un gesto de generosidad por parte de un hombre de Dios. Su camino se cruza con el de numerosos personajes procedentes de todas las capas sociales, tanto del campo como de París: Javert, el inspector de policía que le persigue; Fantina y su hija, Cosette, otras imágenes de la miseria; los Thénardier, alberguistas que explotan a la pequeña Cosette; Gavroche, su hijo, el arquetipo del niño de París; Mario, un joven burgués enamorado de Cosette; Eponina, que está a su vez enamorada de Mario, etc. Incluso sin haber leído la novela, todo el mundo ha oído hablar de estos personajes. De hecho, siguiendo el ejemplo de *Nuestra Señora de París*, esta obra ha sido objeto de adaptaciones de todo tipo, siendo la última en el cine en el año 2012 (*Los miserables*, película de Tom Hooper).

En esta novela, Victor Hugo se fija el doble objetivo de escudriñar la miseria y dejar claro el estrecho vínculo que existe entre la ausencia de educación y el crimen: los personajes sin educación están condenados a la decadencia y recurrir al crimen programado es su único medio de subsistencia. En la obra, Victor Hugo expresa la pérdida de individualidad de estos «miserables», indistintos y anónimos, que salen de las tinieblas para volver a caer enseguida en ellas, ya sea en la cárcel o en la guillotina. Aunque el autor niega haber escrito una novela de tesis, lo cierto es que es difícil encontrar una expresión de sus ideas políticas con más fuerza que la presentada en la obra. Aboga sobre todo por la necesidad del Estado de ofrecer educación y medios de subsistencia a las capas más bajas de la población, así como el establecimiento de una justicia equitativa para todas ellas.

Para convencer al lector de la legitimidad de sus ideas, Hugo utiliza técnicas propias del realismo. Así, dota a cada personaje de una manera de hablar propia, en función de su clase social y de su profesión, para acentuar la distancia que separa a las distintas capas de la población francesa. Por otra parte, la pobreza y la miseria se describen en términos tanto crudos como exactos, de una manera que incluso anuncia, en algunos aspectos, la corriente naturalista. Pero, a pesar de

todo, *Los miserables* posee muchos rasgos del romanticismo tan querido por el autor: en su obra, Hugo explora profundamente los entresijos del alma humana (pensemos, por ejemplo, en Jean Valjean o en Javert) y convierte el amor en un sentimiento magnífico, primero a través de la relación amorosa que une a Cosette y a Mario, y más adelante con la ternura paternal que muestra Jean Valjean hacia Cosette.



Bayard, Émile, *Cosette chez les Thénardier* («Cosette en casa de los Thénardier»), ilustración para la edición de *Los miserables* de G. Routledge and Sons, Londres, 1887.

VICTOR HUGO, UNA FUENTE DE INSPIRACIÓN

Resulta difícil desenredar los hilos de la influencia que Victor Hugo ejerce sobre sus contemporáneos y sobre sus sucesores. Aún hoy en día son muchos los autores que dicen admirarlo e inspirarse de su obra, sin por ello reivindicarse como parte del romanticismo. Al menos una cosa está clara: la aportación de Hugo a la escuela romántica es considerable, y su postura de poeta garante de las libertades del pueblo ha influido a muchos autores que, tras él, han considerado que su deber era tomar partido en la vida de la ciudad.

Roubaud, Benjamin, Victor Hugo a la cabeza del ejército romántico, 1842, caricatura.

La influencia de Victor Hugo se hace sentir ya a partir de los años 1820 gracias a su papel de joven jefe de filas de los románticos. Durante la batalla de Hernani, el escritor dispone de un verdadero ejército de partidarios (en su mayoría jóvenes autores) entre los que destacan Théophile Gautier (1811-1872) y Gérard de Nerval (1808-1855), ambos fervientes admiradores del genio hugoliano. No obstante, el primero tomará distancias con el romanticismo y su papel social a partir de 1834, formalizando el principio del arte por el arte del que se sirve el movimiento poético del parnasianismo. Aunque este deriva del romanticismo, rechaza la adopción de un punto de vista personal y la implicación del poeta en la sociedad. Así, la influencia de Hugo en los poetas de su siglo se manifiesta también a través del deseo de alejarse del modelo romántico. Son muchos los autores que se consideran hoy en día parnasianos que primero fueron románticos y, entre ellos, un buen número se inspiraron en Hugo. Este es el caso de Catulle Mendès (1841-1909), de François Coppée (1842-1908), y de Leconte de Lisle (1818-1894), que de hecho sucede a Hugo en la Academia Francesa. Stéphane Mallarmé (1842-1898), una figura clave del simbolismo, también se inspira en gran medida en Victor Hugo, sobre todo en sus primeros poemas. Aunque después este se distancia del sentimentalismo y de la exaltación de la poesía hugoliana, no por ello deja de prolongar el trabajo de deconstrucción del verso clásico iniciado por Victor Hugo.

Como podemos observar, Hugo inspira principalmente a los poetas. Y con razón, ya que su obra poética es especialmente densa. No obstante, también ejerce una gran influencia sobre uno de los grandes prosistas del siglo XIX francés: Gustave Flaubert (1821-1880). Este, admirador y amigo del «gran cocodrilo» (es así como le llama en su correspondencia), se sitúa a lo largo de toda su carrera literaria a caballo entre el romanticismo y el realismo, y mezcla a su gusto los estilos, a imagen y semejanza de su maestro.

La influencia del escritor va más allá de las fronteras francesas: su novela *Los miserables* influye considerablemente en el trabajo del inglés Charles Dickens (1812-1870) o incluso el del ruso Fiódor Dostoyevski (1821-1881).

EN RESUMEN

Victor Hugo, admirado tanto en su país como en el extranjero, es uno de los autores más célebres de la literatura francesa. Nacido en 1802 y fallecido en 1885, atraviesa todo el siglo XIX y vive al ritmo de sus múltiples imprevistos políticos, que comenta con mucho gusto en sus obras.

Es un icono del romanticismo que renueva el teatro teorizando un género completamente nuevo: el drama romántico, que escenifica con *Hernani*. Pero lejos de limitarse al teatro, su contribución al romanticismo también se extiende a la poesía y a la novela, tanto a través de su estilo como de sus temáticas.

Victor Hugo suscita en todas sus obras la emoción de los lectores. Se libera de las limitaciones clásicas y hace alarde de un estilo exaltado y grandilocuente, dando rienda suelta a la exageración. Además, mezcla con destreza acentos líricos y épicos, lo sublime y lo grotesco.

Entre sus temas favoritos figura su vida y sus tormentos —sobre todo en sus poemarios—, y, por supuesto, el amor, pero también la historia, la naturaleza o la religión.

La sociedad de su época, sus desigualdades y sus injusticias, también ocupan un lugar importante en su producción. Victor Hugo se siente, efectivamente, embarcado en una misión para el pueblo, al que desea liberar de sus cadenas.

Hugo también se dedica a la vida política de su época. Está a favor del progreso social, defiende el acceso al trabajo y a la educación, lucha contra la pena de muerte, y apoya con firmeza la democracia y las libertades. También se muestra como uno de los ejemplos más emblemáticos del escritor comprometido.

PARA IR MÁS ALLÁ

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Charles, David, Ludmila Charles-Wurtz y Claude Millet. 1999. “La Légende du siècle”. *L’Invention du XIXe siècle*, tomo 1. *Le XIXe siècle par lui-même (littérature, histoire, société)*. París: Presses de la Sorbonne nouvelle.

Decaux, Alain. 1984. *Victor Hugo*. París: Perrin.
Hugo, Victor. 2012. *Hernani*. París: Flammarion.
Hugo, Victor. 2000. *La Légende des siècles.* París: Le Livre de poche.
Hugo, Victor. 2013. *Le Dernier Jour d'un condamné*. París: Flammarion.
Hugo, Victor. 1973. *Les Châtiments*. París: Le Livre de poche.
Hugo, Victor. 2008. *Les Contemplations*. París: Flammarion.
Hugo, Victor. 1998. *Les Misérables*. París: Le Livre de Poche.
Hugo, Victor. 2013. *Notre-Dame de Paris*. París: Pocket.
Laforgue, Pierre. s. f. "Politique d'*Hernani*, ou libéralisme, romantisme et révolution en 1830". *Groupe Hugo*. Consultado el 5 de octubre de 2017. **http://groupugo.div.jussieu.fr/Default_Etudes.htm**
Losada, José Manuel. 2006. "Victor Hugo et le grotesque". *Thélème. Revista Complutense de Estudios Franceses*, n.º 21, 115-124.
Meschonnic, Henri. 1988. "Portrait de Victor Hugo en homme siècle". *Romantisme*, n.º 60, 57-70.
Peyrache-Leborgne, Dominique. 1993. "Victor Hugo et le sublime: entre tragique et utopie". *Romantisme*, n.º 82, 17-29.
Rosa, Guy. s. f. "*Les Misérables* – Histoire sociale et roman de la misère". *Groupe Hugo*. Consultado el 5 de octubre de 2017. **http://groupugo.div.jussieu.fr/Default_Etudes.htm**
Vargas Llosa, Mario. 2006. "Les civilisés de la barbarie (sur *Les Misérables*, de Victor Hugo)". *Romantisme*, n.º 134, 95-105.

FUENTES COMPLEMENTARIAS

Hugo, Victor. 2016. *El último día de un condenado a muerte*. Barcelona: El Alpeh.
Porras de Rodríguez, Luz M. 2002. "Figuras del duelo en 'Las contemplaciones' de Víctor Hugo (1802-1885). Homenaje al bicentenario del nacimiento". *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n.º 9, 142-163. Consultado el 6 de octubre de 2017. **http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup96/rup96-porras.pdf**

FUENTES ICONOGRÁFICAS

Retrato que representa a Victor Hugo en su juventud. La imagen reproducida está libre de derechos.

Retrato de Juliette Drouet pintado por Charles-Emile-Callande de Champmartin, *c.* 1827. La imagen reproducida está libre de derechos.

Fotografía de Victor Hugo realizada por Étienne Carjat en 1876. La imagen reproducida está libre de derechos.

Victor Hugo con sus nietos Georges y Jeanne en 1872. La imagen reproducida está libre de derechos.

Bayard, Émile, *Cosette chez les Thénardier* («Cosette en casa de los Thénardier»), ilustración para la edición de *Los miserables* de G. Routledge and Sons, Londres, 1887. La imagen reproducida está libre de derechos.

Rodin, Auguste, *Monumento a Victor Hugo*, 1895-1896, bronce, 185 × 285 × 162 cm, París, Museo Rodin. La imagen reproducida está libre de derechos.

Roubaud, Benjamin, *Victor Hugo a la cabeza del ejército romántico*, 1842, caricatura. La imagen reproducida está libre de derechos.